

dera toscamente trabajados, de un modo análogo á como trabajan sus ciudades aéreas algunos pueblos primitivos de Africa. El trabajo, la paciencia, la precisión que hubo de desplegar el hombre en la edificación de estos palafitos son superiores á cuanto pueda imaginarse. Un examen de esos remotos monumentos



Edad de Bronce. Broche (Museo de Stokolmo). Espadas y puñales de bronce encontrados en Francia y en Galicia.

que aún pueden observarse principalmente en el lago de Ginebra y en el de Neufchatel, es una garantía del esfuerzo humano y un testimonio de la fuerza que añade á la inteligencia humana la asociación y el mutuo apoyo.

Los pocos útiles de que disponía el hombre para elevar estas construcciones, eran seguramente menores que los que cuentan los carolinos y los indígenas de Insulinda (Indo-China), donde pueden observarse construcciones análogas, levantadas sobre el suelo y sobre las aguas para sortear los ataques de las fieras y de los enemigos, ni más ni menos que lo hacían los griegos del Norte en tiempo de Herodoto, según testimonio del *Padre de la Historia*.

La liberación de los monstruos no fué completa, sin embargo. Los saurios y los ofidios todavía continuaban siendo los enemigos del hombre, y como recuerdo de su relación con ellos, los vemos esculpidos, dibujados y cantados en las leyendas más remotas. El culto á la serpiente tiene origen en esa convivencia que se poetiza y sublima más adelante haciéndola la madre del fuego, al identificarla con la



Vaso de la Edad de Bronce (Suecia). Figurina de bronce (Portugal).

correa que agitada sobre el tronco provoca la llama. Las condiciones y cualidades de la serpiente se ponderan y se exaltan á través de todas las

épocas, y sobre ella se edifica toda la leyenda del bien y del mal, haciéndola á la vez la representación de un dios y la representación de un demonio. El sueño invernal, las extrañas catalepsias del ofidio que le dan las apariencias de un palo, su disimulo, la prudencia que se le atribuye, la hacen luego el símbolo de la sabiduría, de la sagacidad, y llega á ser lo mismo el rayo de un dios colérico, que el báculo del profeta, ó el cetro del rey. El fuego que ahuyenta á otros animales no parece molestar al reptil en lo más mínimo, y duerme tranquilamente bajo el humo de los tizos, ignorándose á veces si es ella misma ó la propia sombra de su cuerpo, lo que pende de la viga favorita donde tiene costumbre de colgarse.

Al lado de la casa hay otra construcción que ha de extender la seguridad del hombre y su dominio: la barca. Al principio no es más que un tronco horadado, desentrañado y hueco, capaz de contener una persona; luego, no muy tarde, es una balsa formada por travesaños, un puente que anda, una casa que circula, lo que une



Canoas labradas en árboles de la época lacustre.

enlaza al hombre con la tierra abandonada, donde tiene un campo de cultivo, al que ha de ir todos los días á cumplir sus menesteres para conseguir el sustento de la tribu.

No es un arte cualquiera la dirección de las barcas. La construcción de ese puente movedido, es todo un arte sagrado, un arte oculto, como la generación y conservación del fuego, arte que reside en el jefe y conductor de la tribu. Hasta muy tarde, hasta después de haber entrado el hombre en plena historia, por recuerdo y por la misma necesidad que subsiste, ese arte es un arte religioso, un arte que sólo conoce al conductor y el guía de los pueblos. La significación de la palabra *pontífice* no es otra que *constructor de puentes*.

El edificar sobre el agua resolvió además una serie de grandes necesidades de los hombres. Una de ellas fué, principalmente, la de modificar por completo su régimen alimenticio. La adquisición de la sal, necesaria para el condi-

mento, inaugura una nueva era en la alimentación del hombre y en toda su economía. Al adquirir tan preciosa substancia modifica la alfarería é inaugura probablemente el arte médico que hasta entonces sólo fué conocido como una cirugía de la más apremiante urgencia.

Otra conquista no menos importante es la del pan, pan primitivo, sin levadura, como el pan sagrado y el de las oblaciones. El primitivo molino está formado por dos piedras que resbalan y trituran el trigo, y con más frecuencia la cebada, tal como el molino hallado en Robenhausen, donde se han encontrado también galletas, panes redondos, pequeños, y una especie de cucharas. El lecho, sin embargo, no existe. El hombre no dormía tendido, sino sentado, acurrucado en un rincón, tanto por comodidad como por seguridad personal. Había que estar preparado para todo, lo mismo para el ataque del enemigo que para el incendio de la aldea, cosa que debió de ser frequentísima.



Espadas y puñal de la Edad de Bronce (Córdoba y Francia).

El arte de la pesca se desarrolló tanto como la caza y fué principalmente femenino, como lo fué el cultivo de la tierra, no porque significase ese trabajo una humillación de la mujer y un predominio del hombre, sino porque realmente era la soberana y la verdadera señora de la casa, la ordenadora, la directora de los trabajos de la vida. La mujer era la primer autoridad de la ciudad, la única que conocía á los hijos y que podía distinguirlos mientras agitaba su huso de piedra para hacer los primeros hilos de los primeros tejidos. El hombre salía á la caza como un enviado, como un hulano que se dirige por órdenes del jefe á reconocer la plaza que ha de ser atacada.

Es probable también que toda la labor que atribuimos al hombre de Monstier, de Solutré y de la Magdalena, la ejecutase principalmente la mujer, y que sólo interviniese en ella el hombre cuando el objeto en cuestión era un arma de combate.

Las relaciones familiares siguieron regulándose como en épocas anteriores, en esta época final de la edad de piedra. El rapto fué la for-



Vaso neolítico. Rodillo de piedra (Cascaes). Punta de lanza en sílex (Casí de Moura).

ma más frecuente de efectuarse la unión de los sexos y resultó el gran medio de comunicación entre las tribus y los clanes, pues cada individuo de la pareja aportaba como dote todo el saber y la experiencia de su familia, extendiéndose así la cultura y progresos conseguidos.

La vida social, endógama entonces, se reducía á la de una tribu perfectamente relacionada entre sí, que por su agrupación y su relación tan íntimas se separaba y distanciaba de las vecinas, teniendo nociones peculiares, un idioma independiente y un carácter análogo al de la nacionalidad contemporánea.

X

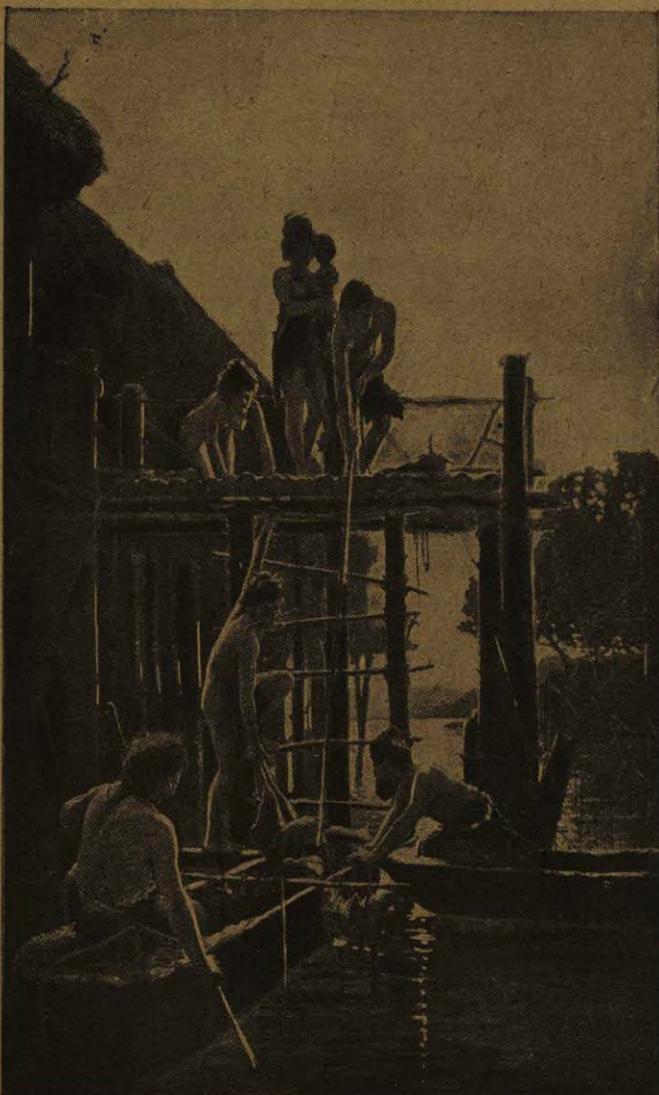
Con la habitación lacustre del fin de la edad de piedra coexiste la habitación terrestre, que empieza á construirse en esta época, transportando la casa lacustre ó imitándola en tierra firme.

La cultura humana se revela ya en mil detalles que nos manifiestan de continuo los diversos descubrimientos. Se han hallado cacharros agujereados, impropios para contener líquidos, que se han supuesto moldes para la confección de quesos, pues la cabra de las turberas lo mismo que la vaca, había entrado ya en la domesticidad del hombre. El cerdo primitivo, una especie de nexo entre el jabalí y el cerdo actual, se utilizaba también.



Adorno de la Edad de Hierro.

La domesticidad de los animales útiles no fué obra, en Europa por lo menos, de las razas autóctonas, sino una importación que trajo el hombre braquicéfalo del Asia, al venir en esa época á nuestro continente. El animal doméstico que trajo, entre otros, fué el gato, que desde entonces no se ha separado del hombre, sin reportarle ninguna utilidad positiva, des-



Las poblaciones lacustres.

pués de haberle servido considerablemente en los primeros momentos contra los pequeños enemigos del hogar.

El braquicéfalo asiático trajo también el cultivo de la tierra y el aprovechamiento de los cereales; pulimentó la piedra, perfeccionó las armas y, con la importación del caballo, trajo

igualmente el despotismo autoritario, creando la forma aristocrática con la distinción de caballeros y de infantes, como ha observado Fedesio Ratzel.

Los monumentos más salientes que dejó esa invasión fueron esas piedras gigantes, solitarias, que, como un monstruo en oración, se alzan en las regiones más tradicionalmente religiosas de Europa: los *dólmenes*. El objeto de esos megalitos no ha podido determinarse claramente todavía, y la opinión más generalizada los asocia á prácticas religiosas desconocidas, que acaso no defiriesen de las realizadas por los celtas y los druidas. Pero en concreto se ignora en absoluto la idea que presidió la creación de tales monumentos. Las indagaciones históricas y arqueológicas no arrojan gran luz sobre el particular, aunque hay sobre el mismo una literatura copiosísima y original. Muchos megalitos considerados como monumentos de la última edad de piedra se han considerado igualmente como templos ó altares druidicos, siendo uno de los más notables el círculo de megalitos de Stonehenge (Inglaterra), apreciado también por alguien como un observatorio astronómico, atendiendo á ciertas curiosas particularidades, que por cierto han sido observadas igualmente en las grandes pirámides egipcias.

Un problema semejante se ha planteado con las pipas halladas en las cavernas americanas. A semejantes objetos se les ha querido dar una significación religiosa, un sentido utilitario, y mientras alguien ha pretendido que el hombre de piedra fumaba en pipa en América, por el placer de fumar, se ha sostenido por otros que lo hacía por un acto religioso, ó por pura anti-sepsia (!), para libertarse de los mosquitos y los cínifes.

El uso y utilización de los metales divide el mundo prehistórico hasta fijar una nueva era en estos remotísimos orígenes de la humanidad.

El divino Lucrecio, que vivió un siglo antes del Cristo, en su célebre poema *De Rerum Natura*, historiando los orígenes de la humanidad, dice:

Arma antigua, manus, angues, dentes que fuerunt,
Et lapides, et item sylvarum fragmina rami.
Posterior ferri vis est cæcisque reperta;
Ved prior avis erat, quam ferri cognitum usus.

(LIB. V. 1282-85.)

Las primeras armas fueron las manos, las uñas y los dientes; luego, las piedras y las ramas desgajadas de los árboles. Más tarde se descubrieron las propiedades del hierro y del bronce; pero la edad del bronce fué conocida antes que la del hierro.

La postrera afirmación que se consigna en el último verso citado ha dado origen á mil polémicas, y aún sigue discutiéndose la prioridad del bronce ó del hierro, sin que se haya llegado á un acuerdo sobre el particular. Los espíritus más conciliadores han querido imaginarse una cuasi edad del cobre para la Europa central y para España principalmente, antes de la aparición del hierro. No hace mucho se han hecho descubrimientos en Susa (Caldea) y en Chipre, que ponen, sin embargo, fuera de duda que el bronce ha sido conocido en una edad muy remota. El bronce se ha usado en Egipto unos tres mil años antes de nuestra Era, y parece que los fenicios eran grandes comerciantes y expendedores de bronce á trueque del cobre que sacaban de las colonias y factorías que establecieron.

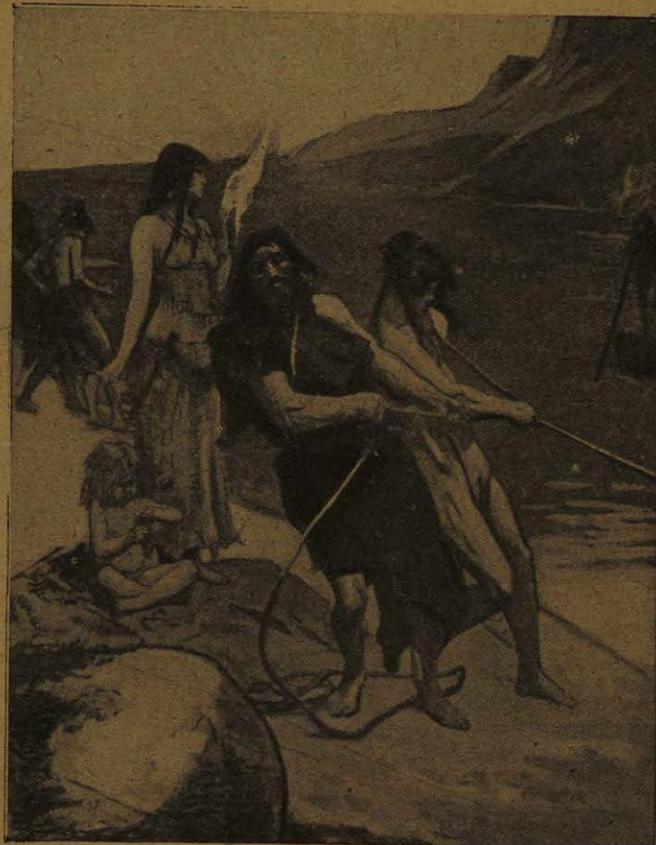
La preparación de los metales era un arte oculto entre los caldeos, y los primeros dioses de la civilización aparecen muchas veces como herreros ó forjadores de metales.

Al lado del uso del metal, el hueso, la madera, el barro, el marfil y los demás útiles adquieren mayor perfección. Aparecen entonces los

peines, trabajados en hueso y luego en bronce. Después, como signo indiscutible de la posesión y adiestramiento del caballo, los bocado, los frenos y un sinnúmero de piezas de metal, añadidas á los útiles de madera y de hueso, para darles mayor consistencia y duración en el trabajo.

La habitación se modifica, se la provee de una entrada que es un plano inclinado, y se la eleva, finalmente, sobre el suelo, apareciendo como la isba rusa. Después se la mura, y el arte de albañilería hace sus comienzos, afectando las construcciones primero la forma isódroma y luego otra más regular y perfeccionada.

El motivo principal de la decoración en los objetos pasa á ser curvo, y las líneas rígidas, aisladas, obra característica del loco, del presi-



Los primeros pescadores.—(F. Cormon).

diano y del salvaje, se ablandan y retuercen, engendrando la espiral y el nudo que recuerdan al ofidio dormido.

En el interior de la casa el hogar está construido sencillamente con piedras resistentes á la acción del fuego, pero no hay fogón, la chime-

nea no existe todavía y el humo sale por todas partes, pero no por una salida practicada al efecto. El techo está construido con habilidad, de tal modo, que las piedras dispuestas en tejadillo, van arrojando las aguas y las nieves sobre las inmediatas, hasta verterlas en el suelo.

En América las construcciones afectan un aspecto guerrero que impone verdaderamente. Sus *mounds*, esas gigantescas fortificaciones, más ó menos regularmente dispuestas, permiten en ocasiones albergar 25.000 personas. Son rectangulares, redondas, á veces, y en muchas ocasiones el plano de ellas recuerda el esqueleto ó el contorno de un animal. Extraños á la agricultura, por lo general, los indígenas americanos han podido dejar intactos estos monumentos, que si existieron en otras partes la huella del arado los ha nivelado con los demás campos ó los ha derribado para trabajar sobre ellos.

Por lo que se refiere á la vida social, los progresos fueron incalculables en esta época. Las ideas religiosas adquirieron más ordenación, el culto á los muertos se precisó de un modo definitivo y la cremación, en la mayoría de los casos, substituyó al enterramiento.

Las cenizas del cadáver se encerraron algunas veces en urnas destinadas para el caso, como más tarde se encierran en Egipto, en una época histórica de superior cultura, las entrañas de los embalsamados en los vasos canópicos.

La esclavitud como gracia al vencido se empieza á difundir, y es probable que la lucha se entablase muchas veces para la conquista del esclavo mejor que para reparar una ofensa que no podía inferirse ni nadie trataba de vengar.

El mundo en esta época sigue regido en la familia por la poligamia y la polivisia. Hay tribus masculinas y tribus femeninas, mejor aún, tribus que facilitan hombres y tribus que facilitan esposas. Una época así ha debido preceder á la exogamia y á la endogamia primitivas.

La unión permanente se inicia no como una obra del amor de los que se comprometen á ella, sino como una imposición de los padres de los contrayentes. La limitación sexual de los cónyuges supone un estado de leyes que no puede concebirse de ningún modo en los comienzos de la sociedad. La permanencia de la unión ha sido una imposición de la madre, en las épocas que ha podido existir el matriarcado, y del padre después, cuando ha querido continuar su

persona en sus sucesores y establecer su dominio sobre los demás. La voluntad de los padres en épocas posteriores que alcanzan á una cultura superior fueron un resto de esa concepción primitiva, y sobre ella se edificó toda una nación de especie, de raza, de clase y de dignidad.

Otra manifestación atávica de semejante concepción la hallamos en los pueblos asiáticos, principalmente en la India y en Judea mismo, imponiendo al cuñado la *adquisición* de la viuda, ó mejor dicho, su cohabitación con ella para continuar el linaje iniciado por el fallecido y que podría desaparecer si no hubiera un ministro activo del culto familiar. Por la misma razón el incesto primitivo fué condición inevitable para la conservación de las aristocracias asiáticas y de las familias faraónicas en Egipto.

XI

La evolución del material en la industria humana ha impuesto á su vez una evolución en la forma de los mismos instrumentos. El hacha y el martillo, que han sido originariamente una



Vasijas de la época neolítica.

mano abierta ó cerrada, se transforman y modifican hasta la imitación en lo posible de la forma que tratan de imitar. Al principio se trata sólo de instrumentos de percusión, después son instrumentos de corte, y finalmente, lo son de perforación y de descuaje.

El hacha se sujeta primero con el lino, con el cáñamo y con el esparto hilado, se engasta sobre el hueso, sobre la madera, y se desarrolla en la ligadura un arte y una habilidad que excede á toda ponderación. Cuando se llega á utilizar el metal para confección de las hachas, el problema del engaste y de la ligadura se ha resuelto en su totalidad, y si hubiera de creerse en las causas finales, habríamos de decir que los metales fueron descubiertos para resolver este

problema, un problema tan fundamental, tan capital en aquellos comienzos de la cultura, como lo es en la época actual el hallar un medio de transporte más rápido y económico sobre todos cuantos conocemos.

Al ponerse en circulación los útiles de trabajo éstos han de socializarse, han de tener la aptitud de poderse adaptar á todas las manos, porque ya no han de servir para un solo obrero, sino que han de ser utilizados por todos. El hacha de piedra no servía, por ejemplo, en muchos casos, nada más que para el mismo que había logrado fabricarla, pues sólo se adaptaba con facilidad á su mano. Al ejecutar en metal el útil de trabajo, el hacha ó el martillo liberador, que había de contrastar y probar más adelante todos los valores humanos, así los materiales como los

su lengua. Es verdad que semejante conservación hubiera sido difícil cuando tan diversos lenguajes se hablaban por las tribus de las edades de piedra y de la misma edad de bronce.

El pueblo germano no empleaba jamás la piedra y desconocía también el ladrillo. Era, sin embargo, bastante ingenioso para hacer construcciones sólidas rindiendo culto á la admiración que sentía por la fuerza. Tácito nos ha historiado perfectamente la condición de los germanos, y César, en la guerra de los Galias, la de los galos. En la Galia las ciudades abundaban mucho más que en Germania. La ciudad gala, por su peculiar condición, la independencia salvaje, se edificaba en un lugar poco accesible. Era un medio hábil de mantenerse aislada y de resistir al ataque. Pero esa situación no se esco-



Monolitos de la Edad de Piedra. —(Llanuras de Carnac.)

de la inteligencia, el martillo y el hacha se despersonalizan y sólo sirven para cobrar la fuerza que los levanta y devolverla después en su caída. La cabeza del hacha y la cabeza del martillo están ya como ablandadas para la ruda pelea que han de realizar en el trabajo.

Al llegar á la edad de hierro estamos realmente en el comienzo de la época verdaderamente histórica. Dentro de la misma edad antigua y de los tiempos históricos nos hallamos con pueblos bárbaros que se relacionan con los civilizados, pero que por su instrumental y sus útiles para la vida, elevados un poco sobre los hombres de la edad de piedra y los primeros de la edad de bronce, son como un lazo de unión entre aquéllos y los hombres más cultos. Un ejemplo de esto lo tenemos, no ya en las irrupciones bárbaras, sino en los autóctonos mismos de Europa, como los galos, por ejemplo, y los mismos germanos.

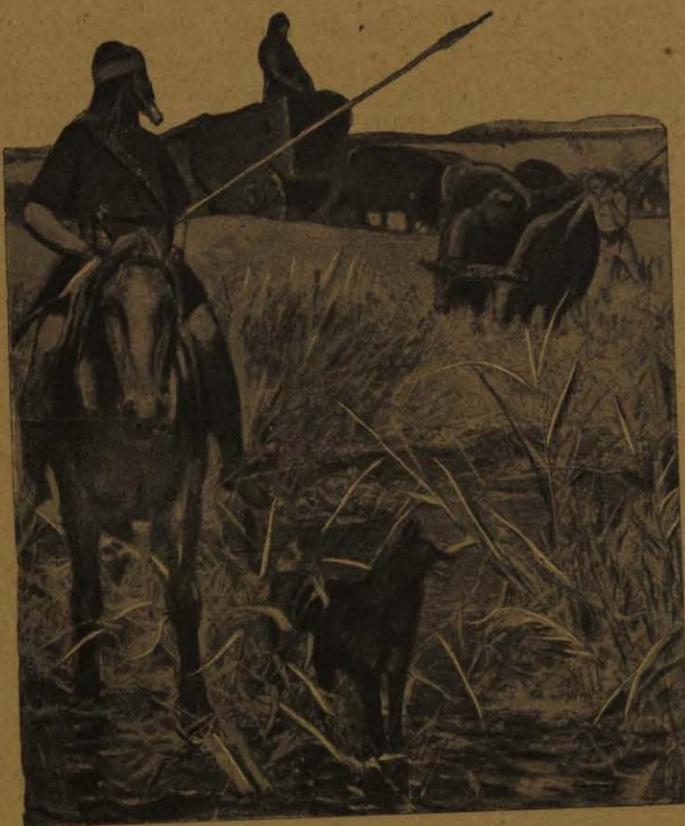
La irrupción aria, al cabo de diez generaciones, perdió toda su fuerza y no supo conservar

gía de cualquier modo, pues el galo, que era social también y amigo del campo, necesitaba estar cerca de los terrenos de cultivo, á los que descendía para adquirir sus alimentos.

La madera era el material preferente de su construcción, y la piedra se usaba muy poco entre ellos. Las construcciones de adobe eran su fuerte. Espaciosa y grande, su sala tenía siempre abierta la entrada, pues no recibía más luz que la que por ella cabía. Todo el lujo se había derrochado en las armas y en el ajuar de la cocina. La monogamia era la regla general, sin perjuicio de las uniones múltiples en los menos elevados y cultos.

Todos los caracteres de la nación francesa se encuentran ya en la casa gala. La sala, que es la única habitación, hace partícipes á los individuos de ese espíritu de fraternidad que distingue á nuestro pueblo. Las armas que penden de las paredes nos anticipan ese valor caballeresco que está pronto para la lucha, así antes como después de la comida. La exaltación del

hogar, no en un rincón, sino en un sitio preferente, prepara esa glotonería que ha sido el único vicio de Gargantúa. En fin, la franca entra-



La emigración de los galos en la Edad de Hierro.—(F. Cormon.)

da, tanto significa el benévolo acogimiento como el deseo de información.

La comodidad falta en absoluto, el *confort* no se adivina ni siquiera como deseo. Todo es grosero y se sacrifica á la utilidad más inmediata. La condimentación es excelente. El vinagre y los aromas se conocen como en ningún sitio. Añaden miel á la cerveza, y su vanidad más grande está en rendir al contrincante que bebe enfrente de ellos. Su adorno y su lujo personal es excesivo. Fuertes para luchar con la naturaleza, son débiles para sí y han de teñirse el cabello, retocarse la barba, preparándose cuidadosamente para el combate, como ha de prepararse luego, andando los siglos, su descendiente para una cita de amor. Lo más tenebroso es su culto. Es un culto cruento. Se sacrificaban los hombres á los dioses.

La Galia desarrolló una civilización propia antes de ser conquistada por Roma. Y no es dudoso que hubiera alcanzado un grado superior

de cultura si los acontecimientos no hubieran decidido otra cosa. La situación de los galos en la historia, por lo que á su cultura se refiere es análoga á la de los pueblos americanos después de la conquista y descubrimiento de América por los españoles. Pero más cerca las Galias de la metrópoli conquistadora, más directamente influidas por el imperio de Roma que los emperadores de México y los incas de Perú por España, perdieron todo cuanto podía servir para resucitar ante nosotros lo que fué ese pueblo.

No ha quedado de esa época remota nada más que el espíritu de los galos, el espíritu que se confunde con los autóctonos del Norte que sólo nos llega como un eco lejano, en las formas degeneradas de la superstición y en los cantos de los poetas.

Aparte de sus escasos monumentos, lo que nos queda de tan soberbio pueblo es la tradición de su espíritu

domable, vencido, sí, pero no aniquilado muerto para siempre.

XII

La tierra es un libro. Es un libro abierto pero se lee mal. Diríase que leemos nuestra historia como se lee un libro conocido del que hemos olvidado mucho, á la luz incierta de la caída de la tarde. Muchas cosas las leemos perfectamente. Otras tenemos que adivinarlas. Una gran mayoría de los capítulos no podemos deletrearlos siquiera.

La historia primitiva es la historia más oscura que se conoce. Su estudio data de ayer y en vez de hacerla hemos de adivinarla ó imaginarla ante la escasez de monumentos que quedan.

A la vaguedad de los testimonios se añade con frecuencia la escasez de conocimientos

historiador. Los datos que se compulsan se rechazan después, se vuelven á aceptar, y se clasifican de otra manera constantemente.

Las ciencias auxiliares en el umbral de la historia son todas las ciencias. Las sorpresas en esta historia abundan más que en ninguna, y así como en la historia particular de los pueblos cada región, cada sitio quiere haber sido la cuna de un rey ó el lugar de una batalla memorable, en la historia universal de la antigüedad humana cada pueblo quiere poseer también los mejores documentos, los testimonios más firmes de haber tenido en su seno á los hombres más remotos. La vanidad de Israel se ha extendido á todas partes y en todos sitios se quiere ver una primera pareja.

Pero por encima de toda vanidad hay un hecho incontrastable que hace justicia para todos, y es que la luz y el género humano no han salido de esa yerma Judea, donde «la sed del viajero, luego de recorrer el mundo, no se hartaría con el agua de su misero lago después de contemplar el Ganges y todos los ríos del Asia y de América», como dijo Michelet.

La revelación para la vida se ha dado á la vez en todas partes, y la gran oleada de la libertad y de la razón ha venido del Norte. La luz civilizadora ha seguido el curso del sol, y el hombre, de no ser un medio de sí mismo, no hubiera podido elevarse, aunque un Dios se empeñase en sacarle del limo.



Edad de Piedra.—La vuelta de la caza.—(F. Cormon.)